

REVISTA CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFIA

Publicada por la Sociedad Chilena
de Historia y Geografía
y el Archivo Nacional

DIRECTOR

RICARDO DONOSO

Tomo LIX

OCTUBRE-DICIEMBRE de 1928

N.º 63

SUMARIO

	<u>PÁGS.</u>
Los tres primeros años de la revolución de Chile. (<i>Con-</i> <i>clusión</i>).	5
La técnica del film aplicada a la historia.	51
El Loa.	66
Epistolario. Diez cartas de Sarmiento.	90
Notas históricas y geográficas.	112
— Sobre el origen de los araucanos.	128
— Viaje de Valparaíso a Santiago de Chile.	169
— Mitología araucana. El Gran Tatrapai.	185
Documentos relativos a la introducción de esclavos negros en América. (<i>Conclusión</i>).	204
Don Judas Tadeo de Reyes.	215
Lenguaje vulgar, familiar y folklórico de Chile y Nicaragua.	271
Índice de veinte volúmenes del archivo de la Capitanía Ge- neral de Chile.	300
Bibliografía.	329
M. L. y G. V. Amunátegui.	5
Agustín Edwards.	51
William E. Rudolph.	66
Tomás Guevara.	112
R. Lehmann - Nitsche.	128
F. Márquez de la Plata.	169
M. L. Amunátegui Reyes.	185
A. Fletes Bolaños.	204

Santiago de Chile
IMPRENTA CERVANTES
Agustinas, 1354
1928

La Revista Chilena de Historia y Geografía

Publicada por la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y el Archivo Nacional.

Aparece trimestralmente en un volumen de 300 a 400 páginas.

La Revista admite canjes, de preferencia con publicaciones de la misma índole, y en general con Revistas científicas y literarias extranjeras.

La Dirección no se hace responsable de las ideas que emitan los autores en sus escritos.

Toda correspondencia debe dirigirse al Director, Santiago de Chile, Correo Central, casilla 1386.

SOCIOS HONORARIOS PERPETUOS

Bulnes, don Gonzalo.
Edwards, don Agustín.
Errázuriz, don Crescente.
Laval, don Ramón A.
Medina, don José Toribio.

SOCIOS CORRESPONDIENTES

Señor Max Uhle.	Señor Antonio Gómez Restrepo.
> Ricardo Levene.	> Ricardo Sánchez Ramírez.
> Emilio Ravignani.	> José Miguel Rosales.
> Augusto S. Mallie.	> Manuel Segundo Sánchez.
> Martiniano Leguizamón.	> José E. Machado.
> Carlos Correa Luna.	> Vicente Dávila.
> Salvador Debenedetti.	> Alfredo Flores y Caamaño.
> Rómulo Zabala.	> C. de Gangotena y Jijón.
> Mariano de Vedia.	> Camilo Destruge.
> Rómulo D. Carbia.	> Modesto Chávez Franco.
> Roberto Levillier.	> Antonio Batres Jáuregui.
> Diego Luis Molinari.	> Fulgencio R. Moreno.
> Luis María Torres.	> Angel Altolaquirre y Duvale.
> Ernesto Quezada.	> Francisco Rodríguez Marín.
> Narciso Binayan.	> José Alemany y Bolufer.
> Alberto María Carreño.	> Daniel Sánchez Bustamante.
> Francisco Fernández del Castillo.	> William Miller Collier.
> Enrique Martínez Sobral.	> Eugenio Martínez Thedy.
> Francisco J. Santamaría.	> Cayetano Coll y Toste.
> Fernando Ortiz.	> Augusto Malaret.
> Carlos M. Trelles y Govin.	> Carlos Cortés Vargas.
< Juan Miguel Dihigo.	

JUNTA DE ADMINISTRACION

PRESIDENTE

Señor Miguel Luis Amunátegui Reyes.

TESORERO

Señor Fernando Márquez de la Plata

SECRETARIO GENERAL

Señor Ricardo Donoso.

PRO-SECRETARIO

Señor Gustavo Opazo M.

Señor Blanchard-Chessi, Enrique.	Señor Oyarzún, Aureliano.
> Díaz Valderrama, Fco. Javier.	> Portales, Alfredo.
> Espejo, Juan Luis.	> Puga, Luis A.
> Feliú Cruz, Guillermo.	> Silva Cruz, Carlos.
> Martín, Javier.	> Roa Urzúa, Luis.
> Nieto del Río, Félix.	> Thayer Ojeda, Tomás.
> Ossa Borne, Samuel.	> Velasco, Fanor.

REVISTA CHILENA DE HISTORIA Y GEOGRAFIA

Publicada por la Sociedad Chilena
de Historia y Geografía
y el Archivo Nacional

DIRECTOR

RICARDO DONOSO

TOMO LIX

Santiago de Chile
IMPRESA CERVANTES
Agustinas, 1354
1928



La técnica del film aplicada a la historia

I

EL AFÁN DE MOVIMIENTO Y LA NUEVA MENTALIDAD

La tesis que me propongo desarrollar no es absoluta sino relativa. Abarca tan solo el medio, a mi juicio más eficaz, para popularizar el conocimiento de los hechos históricos manteniendo vivo el interés de este género literario en las nuevas generaciones.

Se basa principalmente en el cambio profundo que se está operando en la mentalidad de las gentes por efecto del movimiento vertiginoso en que se desarrolla la época contemporánea. El esfuerzo mental que presupone la asimilación de la lectura no es hoy día ordenado, tranquilo, reposado, sino febril, inquieto, movedizo. La literatura que no corresponde a ese estado psicológico resulta inasimilable e indigesta para la generalidad de los lectores.

No hay duda que el desarrollo del cinematógrafo ha contribuído y sigue contribuyendo para acentuar esta sobreexcitación cerebral. Aun cuando no es la única causa, puede afirmarse que es el agente más directo, constante e inmediato para producirla. Basta como indicio de esta verdad el grado enfermizo de popularidad que alcanzan los héroes y heroínas de las cintas cinematográficas.

El cinematógrafo es la carta fundamental, el texto de enseñanza objetiva de la religión del movimiento mecánico que invade al mundo en todas las formas imaginables: a flor de tierra y a flor de agua, y bajo ambas; en el aire, en las ondas invisibles de la atmósfera. Una falange de sabios e inventores crea sin cesar nuevos y más poderosos métodos de propulsión, de locomoción y de transporte; nuevos y más misteriosos agentes para mover elementos de visualidad y de audición que dormían estáticos.

En este torbellino de movimiento están llegando al mundo las nuevas generaciones; en él abren los ojos a la luz de la inteligencia; en él se está formando su mentalidad y se están moldeando sus costumbres. Sólo una hecatombe podría detenerlo. Todo indica que, en vez de apaciguarse, seguirá creciendo en todas direcciones. Un eminente historiador del siglo pasado, Carlyle, presintió ésto al decir: «ésta es la edad de las máquinas en el sentido externo e interno de la palabra».

Inútil es rebelarse contra esta tendencia ni intentar detenerla. Sería como la pretensión de poner diques a la catarata del Niágara, del Iguazú, de Victoria o del Laja.

II

EL MEDIO AMBIENTE ADQUIERE LA IMPORTANCIA QUE LA CRONOLOGÍA PIERDE

Sentados estos hechos, cabe preguntarse si la literatura histórica de moldes clásicos, encadenada a la cronología de los sucesos dinásticos, bélicos o meramente políticos, no tiende a quedar como una curiosidad bibliográfica y a desaparecer de las letras vivas, precisamente porque la mentalidad de las nuevas generaciones no tiene el reposo y la perseverancia necesarios para asimilarla. Dejar que sucumba el interés por los estudios históricos es como bajar el telón sobre el proscenio de la gran comedia humana. Debemos, pues, buscar nuevas orientaciones para que no sucumba.

Hasta ahora parecería que los estudios históricos apegados al análisis cronológico de las guerras que han azotado a la humanidad, y de las dinastías que la han gobernado, confirmasen como una verdad profunda esta frase desconcertante de Anatole France: «l'homme, ainsi que les autres animaux, ne subsiste que par le meurtre... Le premier des arts est celui de tuer, le second, celui de procréer. Autour de ces deux arts, on a cultivé des milliers d'arts qui ne servent qu'à embellir et renforcer ces deux-là.»

Plinio el Joven decía que la historia, de cualquiera manera que se la escribiese, deleitaba a los hombres. Eran otros tiempos. No se conocía el método objetivo que le presenta cada día a millares de seres humanos los sucesos animados por el movimiento de los personajes, el colorido del paisaje, la viveza del gesto. La relación cronológica descarnada de los hechos que brillan en la noche oscura de los tiempos pasados, no puede ser ya fuente de sensaciones deleitosas, como decía Plinio, y sabe a cosa desabrida y anacrónica para el lector contemporáneo. Perseverar en ella sería vano intento. Trabajos de ese género quedarán bien pronto inéditos. Hay que modificar el método y encuadrar la literatura histórica en el movimiento general. De otro modo se estagnará, y lo que se estagna decae y se corrompe.

Es preciso encontrar los medios de ensanchar el círculo de las gentes que leen historia. Es el libro de la experiencia en que se beben saludables enseñanzas, es el tabernáculo de la tradición—esa fuerza misteriosa que impulsa a los hombres a cumplir con su obligación para con los que les siguen, honrando a los que les han precedido. El único medio de ensanchar ese círculo es la adaptación del método a la mentalidad de la masa. Las nuevas generaciones son inquietas y peripatéticas.

El agudo crítico literario que escribe bajo el pseudónimo de Omer Emeth ha dicho que para él la historia es «un diario elevado al cubo» y el diario la historia del día que precede a aquél en que aparece. Si abrimos las páginas de un diario moderno, veremos que para interesar al lector procura darle a los sucesos que relata vida intensa y movimiento vertiginoso, por manera que aparezcan como una

serie de instantáneas literarias que sustituyan en el cerebro de quien los lee la visualidad del colorido y de la línea. Es lo que debe intentarse con el «diario elevado al cubo» que se llama historia.

Un historiador genial, Macaulay, sin romper los viejos moldes clásicos, se acercó bastante al tipo de relación histórica que necesita la mentalidad de las generaciones de hoy. Es que Macaulay era, él mismo, encarnación viva de movimiento y de versatilidad, y tan pronto escribía historia, como redactaba leyes, o pronunciaba discursos elocuentes en el Parlamento, o componía poemas.

Empero Macaulay, inmortal en sus obras, no vivió en la época del cinematógrafo,—aun cuando según un documento que existe en la Bodleian Library de Oxford la historia del cinematógrafo se remonta al año 130 de la era cristiana. Medio siglo después de sus días comienza a perfilarse la nueva concepción de la historia, y ven la luz pública obras como *The Outline of History* de H. G. Wells, *A Geographical Introduction to History* del Profesor Lucien Febvre, *The Stream of History* de Geoffrey Parsons, y biografías como la de Disraeli de Maurois y la de Napoleón de Ludwig. En todas ellas se han roto los viejos moldes, y la narración se acerca a lo que me atrevería a llamar una historia cinematográficamente escrita. La cronología es la estructura básica del relato, pero ha desaparecido de la superficie. Como la armazón de acero de un edificio, se siente pero no se ve.

El calendario, base del sistema cronológico, es una medida de tiempo pero no una explicación de las evoluciones humanas. Las fechas tienden, cada día, a tener menor importancia en el estudio de la historia, salvo aquellas que, como las piedras milenarias, van marcando etapas transcendentales que completan una evolución o inician otra. Los recuerdos humanos están siempre incrustados en la noción del medio ambiente en que el suceso se desarrolla. El hecho mismo se recuerda con mucho mayor facilidad que la fecha en que ocurrió. Es lo natural. La fecha sólo adquiere importancia reflejamente cuando un hecho se la dá.

En el relato histórico, la tendencia moderna es a acer-

carse al relato verbal del testigo ocular que le dá animación y vida, y por ende interés. Retenemos en la memoria un suceso o conjunto de sucesos que nos son relatados por gentes que vivieron el momento descrito, con mucha mayor facilidad que la relación inanimada de un cronista que la rellena de documentos, y después de armarla cronológicamente, la despoja de todo su sabor humano.

En Estados Unidos de América, en donde la fuerza de crecimiento de una raza vigorosa enciende la imaginación con mayor rapidez que en otros países, y donde el cinematógrafo está más difundido—pues hay seis mil colegios que lo emplean para la enseñanza,—el movimiento para cambiar radicalmente el método de exposición histórica es muy considerable y profundo. En Columbia, en Pennsylvania, en Chicago y en Cornell, ha empezado una verdadera cruzada en contra del sistema de escribir historia basada exclusivamente en la cronología militar, diplomática y constitucional. Es una revolución literaria en ciernes.

Los estudios hechos en los últimos años sobre lo que se llamó —oh necesidad de la ignorancia!—tiempos prehistóricos, van arrojando raudales de luz sobre el origen del hombre, la mentalidad de los seres primitivos, los albores de lo que se ha llamado la civilización europea, y demuestran que para describir la evolución humana que llamamos historia, es preciso penetrar en los arcanos de la antropología y de la arqueología, así como también se necesita conocer la meteorología y la geología. El mundo de hoy no es sino la resultante de un proceso de crecimiento y disgregación de la materia. Con elementos al parecer heterogéneos forma un conjunto armónico, porque, seguramente, el punto de partida es uno mismo, y si seguimos el rastro a través de los siglos, encontraremos un origen único de la vida animal y material. Parece, pues, difícil prescindir del medio ambiente para penetrar el secreto de las acciones y de las tendencias de los pueblos que el historiador considera necesario anotar.

III

ESTRECHA RELACIÓN DE LA NATURALEZA CON EL HOMBRE

Hay, sin duda, una estrecha relación entre la naturaleza y el hombre, que llevó a Anatole France a preguntarse «si nous n'ètions pas le produit d'une infecte dècomposition». En su *Outline of History*, H. G. Wells, después de recordar que el origen del hombre ha sido objeto de las más grandes controversias científicas, dice que la opinión predominante es que desciende de especies más bajas que sucesivamente han evolucionado desde que comenzaron con una especie de pescado primitivo hasta que llegaron al «homo sapiens» de hoy. Si se estudia el proceso anatómico de su formación puede verse—dice Wells—que el hombre comienza como si fuera a ser un pescado, pasa por fases de crecimiento que recuerdan el anfibio y el reptil, y enseguida empiezan a diseñarse sus contornos de mamífero. Hasta tiene cola por un tiempo. Sea el hombre o nó parte integrante de la evolución de la materia, no puede prescindirse del medio ambiente para describir sus actos, juzgar sus móviles, aquilatar su carácter, para dar, en suma, ese juicio de los sucesos en que ha intervenido a través de los siglos, que llamamos historia. El ambiente y la naturaleza le presentan al hombre, a cada instante, las posibilidades físicas en la vida que le rodea, y orientan su mentalidad y sus actos hacia el aprovechamiento de esas posibilidades con fines culturales o de progreso material. Se produce, pues, necesariamente, una reacción continua entre el individuo y el medio en que vive. La relación no es directa ni simple, sino indirecta y compleja; pero no por eso menos estrecha y decisiva en las determinaciones humanas. El medio ambiente influye poderosamente en el carácter del individuo y determina el curso de lo que llamamos historia.

En un país de brumas los instintos no son de violencia e irascibilidad, sino más bien de armonía y conciliación. La bruma inclina a las gentes a no querer transiciones bruscas

ni cosas bien definidas. Son, por lo general, pueblos de evolución y no de revolución. Raras veces, por ejemplo, se ha visto en los países del Norte de Europa — excepción hecha de Rusia que no es un país sino un continente que cuenta con todos los climas imaginables — precipitarse en agitaciones revolucionarias.

En cambio, en los países de sol ardiente, de cielos límpidos, los instintos son violentos y tempestuosos. A la inversa de los otros, avanzan o retroceden a golpes de revolución, y no conciben las evoluciones pacíficas que pueden operarse mediante la conciliación de tendencias extremas. La región balcánica nos proporciona numerosos ejemplos que confirman esta doctrina.

No puede negarse, por ejemplo, que ciertos accidentes naturales han provocado un estado político determinado. La Suiza no habría obtenido ni conservado su independencia, si sus montañas no fuesen una barrera natural contra las incursiones de invasores.

Tampoco puede negarse que el carácter y la mentalidad de un campesino difieren sustancialmente del carácter y de la mentalidad de los habitantes de la ciudad.

Un isleño piensa y procede de manera distinta a un mediterráneo. Un montañés es más atrevido, esforzado y rudo que el plácido morador de la planicie que nace viendo la línea del horizonte perdiéndose en el infinito. El hombre del desierto tiene una tendencia a merodear a la cual es refractario el habitante de la selva.

Accidentes geológicos y botánicos crean mayores semejanzas en la mentalidad de los individuos, que las características antropológicas o raciales.

Refiriéndose a que el hombre no había sido hecho para descubrir su origen y sus fines, Anatole France decía: «De quelque ardeur qu'il pousse ses recherches, il ne connaîtra jamais de l'univers que cette infime partie qui est en rapport avec ses sens, que ce qui est lui-même; il ne saura jamais que l'humanité des choses. . . De tout ce qui l'entoure il ne saura jamais que ce qui s'humanisera pour entrer en lui».

No es posible separar el medio ambiente del individuo

para relatar sucesos históricos. La formación geológica, los contornos hidrográficos, la climatología, la flora, la fauna, se encadenan estrechamente con el individuo. Sólo entrelazándolos llega a formarse el conjunto corpóreo de un pueblo.

Hay profesores eminentes que niegan la doctrina de las influencias geográficas, y aun llegan a considerar que el concepto de «influencia» de la naturaleza sobre el hombre es propio de charlatanes y supervivencia de los tiempos en que predominaba la astrología. Atribuírle únicamente al medio geográfico importancia absoluta y decisiva sería evidentemente un error. Negársela por entero sería otro más grande todavía.

Emerson decía que «la naturaleza pinta la mejor parte del cuadro, esculpe la mejor parte de la estatua, construye la mejor parte de la casa, habla la mejor parte de la oración». Y es la verdad

No puede prescindirse de la naturaleza en el relato histórico, porque se deja fuera «la mejor parte del cuadro». Se penetrará mucho más a fondo en la realidad histórica, mientras mayores circunstancias naturales, físicas, corporales y psicológicas acumulemos para reconstituír el medio ambiente.

La doctrina de H. G. Wells en su *Outline of History* es que el mundo, económica e intelectualmente, y de muchas otras maneras, se está convirtiendo en una sola comunidad. Sin embargo, en la literatura histórica se observa el proceso inverso, y en vez de extenderse para abarcar todos los aspectos de la vida del mundo, tiende más bien a intensificarse sobre un período o una faz determinada. En Francia, por ejemplo, se nota un desarrollo excesivo de la biografía como base de estudio de una época.

Es interesante observar que en el campo de las ciencias físicas y biológicas, las especializaciones van disminuyendo. La tendencia es a abarcar el estudio y desarrollo de todos los fenómenos como componentes de esa armonía infinita, de esa relatividad inextinguible de la naturaleza. En la ciencia histórica, sometida seguramente a las mismas leyes metafísicas, esa tendencia comienza recién a diseñarse.

El relato histórico debe, necesariamente, tener cierto carácter enciclopédico si busca la aproximación a la verdad absoluta. Existe, sin duda, cierta predisposición de los historiadores de la vieja escuela a considerar que toda materia que no encuadra rigurosamente con la cronología política, militar o diplomática, debe considerarse extraña a la historia propiamente tal. Para hacer una afirmación semejante sería menester probar que las fuerzas humanas son capaces de establecer la verdad histórica absoluta y de revelar, en forma simple y concluyente, el secreto del desarrollo de la vida humana.

H. G. Wells, defendiendo su método histórico, dice lo siguiente:

«Mi concepto de la historia es esencialmente una síntesis mental y una cooperación material que comienza en la vida individual totalmente aislada y en la muerte del animal primitivo, y continúa en la vida mental y en la organización social de las especies humanas, que ya va alcanzando proporciones planetarias».

En suma, el concepto de síntesis en el método, pero de enciclopedismo en la materia tratada.

IV.

LA LEYENDA COMO ELEMENTO DE VERDAD HISTÓRICA

Aunque la afirmación parezca atrevida, el relato histórico ganará en interés y exactitud entrelazándolo con la leyenda y el folklore.

El suceso anotado en la cronología es el cuerpo de la historia; la leyenda es el alma. A través de la leyenda vemos destilar la esencia de los pensamientos e ilusiones de las generaciones desaparecidas.

La cronología desnuda y fría es incompleta porque es sólo material. A través de ella no puede estudiarse ni comprenderse la mentalidad y el desarrollo de un pueblo. Hay que penetrar más hondo en la región deletérea e impalpable de sus ensueños y fantasías, en el laberinto de las creaciones sobrenaturales, que no son sino hendiduras abiertas a los ojos del

alma para que pueda contemplar lo eterno y lo infinito sin la miopía de lo que llamamos realidad tangible.

La leyenda es hija legítima de la naturaleza alimentada, vestida, educada por la fantasía popular. Es el lazo de unión entre la fertilidad del cerebro humano y la fecundidad de los elementos. Ha sido a veces también la exageración poética de hechos reales, y no faltan casos en que pasa a formar parte esencial de la historia considerada propiamente tal.

La verdad histórica absoluta no existe. Para que existiese sería menester que la memoria humana no fallase jamás. Y no hay nada más incierto! Oímos relatos contradictorios de un suceso por testigos presenciales, momentos después de acaecido, y unos pocos días bastan para que el hecho nos vuelva trasfigurado.

Hay, además, tres enemigos jurados de la verdad histórica, en constante acecho en el espíritu humano: el fanatismo religioso, la parcialidad política y el ardor patriótico. A través de los siglos, cronistas hábiles y honestos han caído víctimas de sus acechanzas y han desfigurado, de buena fe, los hechos que relatan. Es raro encontrar hombres que comprendan que el patriotismo es simplemente el sentido del deber cívico. La gran mayoría cae en el nacionalismo, que, en verdad, es el vicio del patriotismo, y pudiera definirse diciendo que es una embriaguez patriótica que impide ver claro y andar derecho. Otro tanto puede decirse del fanatismo religioso y de la parcialidad política. Son el vicio de la fe y del doctrinarismo filosófico, respectivamente.

Invocar la verdad histórica para desterrar la leyenda es una utopía. En todo relato humano hay necesariamente un dejo de ella. Aun más: en toda acción humana de alcance histórico encontramos rastros subconscientes de inspiración mitológica. Un fementido puritanismo histórico no puede, pues, llevarnos a la eliminación de un factor incrustado en el corazón mismo de la evolución del mundo.

La tendencia innata del hombre es a la fantasía. La verdad es una disciplina impuesta por el deseo de acercarse a la perfección. La cultivan los menos con gran dificultad. Como son hombres los que producen el acontecimiento y

hombres los que lo relatan, no puede pretenderse en la literatura histórica sino una verdad relativa.

John Morley (Vizconde Morley of Blackburn) decía que un amigo suyo que había tenido mayores oportunidades que la generalidad de los mortales de entrar en contacto con gentes de todas las razas y lenguas, no había encontrado en su larga vida más de cuatro personas efectivamente interesadas en conocer la verdad. Y un profesor americano, Harry Elmer Barnes, tratando el mismo tema, estampa este atrevido pensamiento: «Sócrates parece haber sido el primero en hacer de la búsqueda de la verdad la ocupación principal de una vida, tal vez porque había fracasado ruidosamente en todas las demás tareas en que se había empeñado».

El escepticismo lleva, pues, a pensar que si la leyenda se elimina del relato histórico, pudiera atentarse contra la única verdad inmutable: la efectividad de la ficción y de la fantasía.

La extirpación de la leyenda importa otro atentado aun mayor; el despojo del medio más eficaz para juzgar de la psicología de una comunidad determinada.

V.

LA HISTORIA CRONOLÓGICA INVIERTE EL ORDEN NATURAL;
EL CINEMATÓGRAFO LO RESTABLECE.

De las ciencias sociales, seguramente la historia es la más antigua, la más estudiada, la que se ha procurado perfeccionar con más ahinco. Lo malo es que se la ha mirado tan sólo como una ciencia, olvidando que su carácter literario la encuadra en el dominio del arte. La historia no es sólo obra de investigación científica. Es también la creación artística que desarrolla a los ojos del lector el gran drama de la vida humana al través de las edades. No debe buscarse tan solo manera de satisfacer el apetito, de precisar cronológicamente cuándo, cómo y dónde sucedió tal o cual hecho, sino también el medio de alimentar la imaginación y apelar al

sentimiento del lector, por manera que renazca ante sus ojos con todo su colorido la época pasada.

Es interesante observar que siendo la historia la más vieja y socorrida de las ciencias sociales, es seguramente la que menos influencia ejerce, en un momento determinado, sobre la acción de la colectividad o de los individuos. El valor principal que la historia tiene para la humanidad, es la compilación cronológica de los errores cometidos, por manera que sirvan de experiencia. Ciertamente es que no hay ser humano ni grupo de seres humanos que no tenga el más supino desprecio por la experiencia ajena y no espere experimentar en carne propia para convencerse. Pero esa debilidad innata del individuo podría atenuarse y acaso corregirse, si el relato de ocurrencias análogas, en vez de ser frío, descarnado y científico, resulta animado, sustancioso y artístico.

El proceso natural para estudiar el desarrollo de un pueblo comienza por el examen de la psicología individual y termina en el análisis de la sociología. Temerario sería negar la influencia de la naturaleza sobre el carácter, e ignorar el vínculo estrecho que liga al individuo con el medio ambiente en que vive. Si se conviene en que hay que comenzar por el estudio de la psicología individual hay que admitir que el examen y descripción del medio ambiente es el punto inicial del relato histórico.

Lo que es difícil, si no imposible determinar, es el límite que señala en los sucesos históricos el término de la acción individual y el principio de la influencia colectiva. De la demarcación de ese límite depende la definición y análisis de lo que se ha llamado la psicología de las multitudes.

La célula embrionaria de la sociedad es el individuo. No pueden, pues, lógicamente, investigarse primero las características sociológicas de una comunidad, y en seguida la psicología individual de sus componentes. Sería invertir el orden natural.

La historia escrita con arreglo al método cronológico invierte precisamente el orden natural. La narración va analizando la acción colectiva en fechas sucesivas, sin darle a los personajes de figuración histórica la importancia que deberían tener. Parecen frutos del árbol de la colectividad

que caen en el proscenio de la vida porque han madurado al calor de las pasiones del momento,—cuando en verdad es el individuo el que ha logrado que el árbol de la colectividad dé frutos, y es él la fuerza generadora del movimiento y del suceso. Como dice el profesor Thorndike: «la habilidad de cien de sus representantes mejor dotados, explica con frecuencia mucho mejor la prosperidad de una raza que la inteligencia de un millón de sus mediocridades».

El cinematógrafo, en el relato visual de la cinta, sigue el orden natural y comienza siempre por presentar agrandamientos de los personajes principales del drama que se va a desarrollar, en el gesto más sugestivo del suceso. Es la psicología gráfica del personaje, que nos predispone y ayuda a penetrar en la psicología, también gráfica, de la acción dramática que se va a desarrollar a nuestra vista.

Las generaciones nuevas reciben, pues, cada día, una lección objetiva del verdadero proceso de las acciones humanas, y van penetrándose de la inversión artificial de ese proceso que se opera en el método corriente de la literatura histórica.

Existe ya en la práctica el film que le enseña al niño la técnica cinematográfica aplicada al relato histórico. Es un nuevo y poderoso agente para cambiar su mentalidad. En ciertos establecimientos educacionales como, por ejemplo, en el County High School de Altrincham, Inglaterra, los alumnos han preparado un film titulado «The People of the Axe», que describe la vida de un niño de la edad de piedra.

VI.

APLICACIÓN PRÁCTICA DE LA TESIS

¿Qué se entiende por «aplicar» la técnica del film al relato histórico?

Geoffrey Parsons, en su obra *The Stream of History*, dice que los hombres de hoy están en una altura mirando al espectáculo del mundo y su carrera como un solo cuento

emocionante y veloz, y agrega: «Si hubiera una cinta cinematográfica de esta historia, podría pasarse con más y más velocidad. En esta forma, el movimiento normal de una planta que crece, de un hombre que camina, de un caballo que trota, puede mostrarse pasando a una velocidad fabulosa.

«Concíbase un «record» del mundo presentado de esta manera. Imagínese su progreso tan acelerado, que un millón de años pasan en unos pocos días. El resultado deformará los detalles y omitirá mucho. Pero el examen general ayudará a mantener la perspectiva en las páginas que siguen, y por sobre todo, vigorizará el sentido de la unidad de la corriente que constituye el pasado».

Inspirado en estas mismas directivas he preparado y publicado el primer libro de una serie geográfico-histórica sobre Chile. Esta obra es la que me he permitido presentar a este Congreso como la contribución del representante de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. Su título: *Mi Tierra.—Panorama, Reminiscencias, Escritores y Folklore*, indica que el orden cronológico no se ha respetado. He seguido más bien un orden geográfico, como si un viajero recorriese el país de norte a sur, visitase además sus islas, y le contase a otro lo que en cada sitio ha ocurrido, y estampase sus impresiones sobre la geología, la botánica, la flora, la fauna, las industrias, las leyendas, los recuerdos, la literatura de los siglos pasados y de los tiempos presentes; en suma, todo lo que ha venido formando el Chile que vemos hoy.

Próximamente saldrá a luz, con el mismo título general, pero agregándole *Gente de Antaño*, una serie de cuadros de costumbres, de biografías, de episodios curiosos ocurridos desde los tiempos oscuros de la vida indígena hasta la declaración de la independencia chilena en 1810. Será seguido de un tercero que lleva como sub-título *Gentes de Ogaño*, y que, siguiendo la misma directiva, continúa el relato histórico desde 1810 hasta 1925.

Es un primer ensayo práctico de la tesis que vengo sosteniendo. Estoy persuadido que es susceptible de mejorarse notablemente, acumulando mayores y más completas informaciones históricas, dándole mayor precisión cientí-

fica a la descripción geográfica, botánica y zoológica, pero señala un rumbo que, a mi juicio, contribuirá a difundir el conocimiento de mi país y de su historia dentro de la mentalidad de las nuevas generaciones.

El libro presentado al Congreso tiene por base la geografía de Chile e introduce incidentalmente el relato histórico. Los otros dos que formarán la serie son de índole distinta. Hay que comenzar por la descripción del medio ambiente.

«Dadme el mapa de un país—dice Víctor Cousin en su *Introducción a la Historia de la Filosofía*—su configuración, su clima, sus aguas, sus vientos y toda su geografía física; dadme sus productos naturales, su flora, su zoología, y me comprometo a decir a priori lo que serán los hombres de ese país, y qué participación en la historia tendrá ese país, no por accidente sino por necesidad, no en una época sino en todas las épocas; y además, la idea que está destinado a representar».

La concepción de Cousin es la que ha inspirado la serie de *Mi Tierra*. He buscado en ella [manera de [acercarme a lo que he llamado historia cinematográficamente escrita. La enseñanza puramente objetiva y visual del cinematógrafo tiene un grave inconveniente: no educa a las gentes en la belleza del lenguaje. La prosa y el verso, en suma, la construcción artística de la palabra humana, no tiene cabida ni ocasión de penetrar en la mentalidad del espectador. En el caso aun de la geografía, la materialidad de la visión reemplaza, en detrimento de la educación, la fuerza descriptiva de la palabra. Por eso es preferible tener una historia cinematográficamente escrita, a tener un film histórico.

AGUSTÍN EDWARDS.

Londres, Julio de 1928.